

DIA SEXTO.

SAN NORBERTO, ARZOBISPO Y CONFESOR.

San Norberto, nobilísimo fruto de una de las mas ilustres casas de Alemania, fué hijo de Heriberto, conde de Genepp, emparentado con los emperadores, y de Hadvigis, ó Harvigis, descendiente de los duques de Lorena; nació el año de 1080, en el corto pueblo de Santen, del ducado de Cleves; y poco antes de nacer tuvo su madre un misterioso sueño, por el cual comprendió que lo que traía en el vientre sería con el tiempo una de las mas brillantes lumbreras de la santa Iglesia.

No correspondieron á esta esperanza los primeros años de la juventud de Norberto. Viéndose rico, bien dispuesto, de mucha capacidad, con un genio apacible, sociable, y acompañado todo de cierto aire tan noble como gracioso, siendo además de eso de humor desembarazado y festivo, se dió enteramente al mundo y á todos sus pasatiempos. Era Norberto como el alma de todas las diversiones y de todas las funciones de la corte. Pero esta inclinación á divertirse no le sirvió de estorbo para dedicarse á los estudios; y como fué uno de los mas sobresalientes ingenios de su siglo, en poco tiempo hizo grandes progresos en todas las ciencias. Fué provisto en él un canonicato de la iglesia de Santen, y empeñado ya en el estado eclesiástico, se ordenó de epístola; pero con resolución de no pasar de aquel grado para vivir con alguna mayor libertad. Representábale el obispo que deshonoraba el estado con su desarreglada vida, y que para reformarse le con-

vendría mucho recibir los demás sagrados órdenes; pero se hacia sordo á sus paternas amonestaciones, mirando con horror el diaconato y el sacerdocio, como lo hacen hoy no pocos, que con apariencia de respeto, y con realidad de indevoción, huyen de estos dos sagrados órdenes, considerándolos poderoso freno de la licenciosa vida á que quieren entregarse.

Después de haber brillado en la corte de Federico, arzobispo de Colonia, quiso lucirlo con el mismo fausto y con la misma ostentación en la del emperador Henrique, deudo suyo; y apenas se dejó ver en ella, cuando se llevó las atenciones de todos por su esplendor, discreción y bizarría. Hizole el emperador su limosnero mayor, y después le nombró para el obispado de Cambray; pero no quiso aceptarle, no por virtud, sino por no mudar de vida. Mas el Señor, que tenia destinado á Norberto para vaso de elección, le abatió en medio de la carrera.

Caminaba un día á caballo á un lugarcito de la Westfalia llamado Freten, seguido de un solo lacayo suyo. El cielo estaba sereno, y encapotándose de repente, se levantó una furiosa tempestad de relámpagos y truenos. Deliberaron amo y criado sobre si pasarían adelante ó volverían atrás, cuando cayó un rayo á los piés del caballo de Norberto, que, abriendo un boqueron en la tierra, derribó al jinete y medio le sepultó. Casi una hora estuvo Norberto sin sentido, hasta que volviendo, en fin, en sí, se levantó, hincóse de rodillas, y elevando los ojos y las manos al cielo, exclamó como otro Saulo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Parecióle que le respondían interiormente: *que dejes el mal, y hagas el bien.* Resuelto á mudar de vida, retrocedió, retiróse á Santen, y sin moter ruido se contentó por entonces con huir

de todo pecado, y con traer un áspero cilicio debajo del vestido regular.

Poco despues se retiró al monasterio de Sigisberto, que gobernaba el abad Canon, obispo que fué de Ratisbona, y este oportuno retiro perfeccionó su conversion. Instruido ya en los caminos del Señor, resolvió romper enteramente con el mundo; y sabiendo que celebraba órdenes el arzobispo de Colonia, pasó allá, echóse á sus piés y le suplicó que le admitiese en la matricula de los ordenandos. Gustosamente sorprendido el arzobispo, viendo que le pedía con instancia aquello mismo que habia rehusado cuando voluntariamente se lo habian ofrecido, le prometió que le ordenaria de diácono: *No basta eso, Señor*, respondió Norberto, *es menester que en el mismo dia me ordeneis tambien de sacerdote*. Aun mucho mas admirado el arzobispo, le preguntó el motivo de aquella priesa. A esto solo respondió con sus lágrimas; arrojóse á sus piés, suplicóle le oyese en penitencia, manifestóle todos sus desórdenes, pidió la absolucion, y rogóle que luego le confiriese el sacerdocio. Enternecido el prelado, y atendiendo mas á las santas disposiciones de su penitente, que á las de los sagrados cánones, creyó buenamente que podia darle aquel consuelo.

Llegado el dia de las órdenes, los demás ordenandos se presentaron en la iglesia revestidos de albas como es costumbre, y Norberto se dejó ver en alla con el vestido mas rico que tenia. Llevóle el sacristan el traje correspondiente, y llamando á un lacayo, se despojó de las galas seculares, vistióse una sotana hecha de pieles de oveja, y se la ciñió con una grosera cuerda; espectáculo que enterneció á todos los circunstantes, siendo pocos los que á vista de él pudieron contener las lágrimas. Retiróse el nuevo sacerdote á la abadía de Sigisberto, donde se dispuso

con cuarenta dias de retiro y de asperísima penitencia para celebrar la primera misa.

A instancia de su cabildo la celebró en la iglesia de Santen. Comunicóse á los asistentes la visible devoción del nuevo sacerdote; pero quedaron aturridos cuando, acabado el evangelio, le vieron subir al púlpito, y predicar con tanta elocuencia y con tanto zelo sobre la vanidad del mundo, sobre la brevedad de la vida, sobre la santidad del estado eclesiástico, sobre sus indispensables y muchas obligaciones, que se deshacia en lágrimas todo el concurso. Hubo cabildo al dia siguiente, y preguntado acerca de algunos puntos de la regla, habló con tanto espíritu, con tanta energia y con tanta mocion contra los abusos que se habian introducido, y contra las licenciosas costumbres de los eclesiásticos, que acabó de rendir con este discurso á los que ya estaban muy movidos con el antecedente. Es verdad que no fué universal el fruto, porque no á todos agradó aquella libertad apostólica; y temiendo tener en Norberto un continuo censor de sus desórdenes, tanto con sus palabras, como con sus ejemplos, hicieron cuanto pudieron para librarse de él. Cargaronle de injurias, insultaronle muchas veces, calumniaronle y le acusaron al papa, tratándole de hipócrita y de novador que, con el especioso pretexto de reforma, tiraba á introducir peligrosas novedades.

Por lo que tocaba á las injurias y á los ultrajes nada tuvo que hacer en tolerarlos, no solo con paciencia sino con alegría, porque era lo que él mas deseaba; pero le pareció que no debia sufrir le tuviesen por sospechoso en la fe. Confundió la calumnia en el concilio de Frizlar, que se celebró en presencia de un legado apostólico; y encendido en mayor zelo de la salvacion de las almas y en mas vivo deseo de su propia perfeccion, renunció en manos del

arzobispo de Colonia todos los beneficios eclesiásticos que poseía, y eran muy pingües, vendió todos sus bienes y todos sus muebles, sin reservarse mas que los ornamentos para decir misa con decencia, y todo el producto le repartió luego entre los pobres.

Quedólo él mas que los mismos á quienes acababa de hacer aquella limosna, y partió á pié y descalzo á buscar al papa Gelasio II, que estaba en san Gil de Langüedoc, acompañado de dos solos laicos, que se habian hecho sus discípulos. Postróse á los piés de su Santidad, hizo con él una confesion general, absolvióle de sus culpas, y tambien de la irregularidad en que pudo haber incurrido por haberse ordenado en un mismo día de diácono y de presbítero, contra lo dispuesto por los sagrados cánones; y bien informado el sumo pontífice, así de la nobleza como del mérito personal de su penitente, prendado por otra parte de su sabiduria, de su virtud y de su zelo, quiso tenerle en su corte; pero el santo le suplicó humildemente se dignase permitirle seguir su vocacion, que era ir á predicar penitencia por todas partes con sus sermones y con sus ejemplos; y edificado el papa de tan santa resolucion, le dió su bendicion con amplia facultad para predicar el evangelio por todo el mundo.

No bastó para detener ni un solo punto al nuevo misionero el riguroso frio del invierno. Corrió con sus dos compañeros el Langüedoc, la Guyena, el Poytou, el Orleanés, predicando en todas partes con maravilloso fruto, sin admitir el menor alivio ni reparo contra los rigores de la estacion, caminando con los piés descalzos y ayunando todos los dias de suerte que su misma vida predicaba penitencia.

Al pasar por Orleans encontró con un subdiácono, que animado del mismo zelo se juntó á él, y con este nuevo refuerzo pasó al condado de Hainaut, y en

trando en Valencienes el sábado antes del domingo de Ramos, predicó este dia al pueblo con tanto fruto, que hicieron los mayores esfuerzos para detenerle; y con efecto, habiendo caído mortalmente enfermos sus tres compañeros, se vió precisado á hacer mansion en aquella ciudad por muchos dias. Con esta ocasion vió á Boncardo, obispo de Cambray, que habia venido á Valencienes. Como este prelado le habia conocido en la corte del emperador, y se le habia dado el obispado porque Norberto no le quiso admitir, se enterneció mucho cuando le vió en aquel estado de penitencia, abrazóle estrechamente y le miró con veneracion. Admirado un familiar del obispo, llamado Hugo, de aquel recibimiento tan tierno como respetuoso, se informó de quién era aquel extranjero; y noticioso de su calidad, de sus circunstancias y de sus talentos, se hizo compañero suyo y fué el mas célebre de todos sus discípulos. Los otros tres compañeros enfermos murieron todos casi en un mismo dia; y concluidas sus exequias, partió Norberto de Valencienes con el nuevo discípulo Hugo, para predicar, como lo hizo, en todas las ciudades, pueblos y aldeas del condado de Hainaut, del país de Lieja y del Bravante, obrando en todas partes portentosas conversiones.

Teniendo noticia de que Calixto II, sucesor de Gelasio, habia convocado un concilio en Reims, en que habia de presidir el mismo papa, partió allá con su compañero Hugo, para suplicar al sumo pontífice que confirmase su mision, y le diese facultad para escoger operarios que le acompañasen en sus expediciones apostólicas. Halló los ánimos muy prevenidos en su favor, recibéndole el pontífice con grandes demostraciones de afecto y de estimacion, y no fueron menores las que le dieron todos los demás prelados. Bartolomé, obispo de Laon, admirado de su

eminente santidad, suplicó al papa se le concediese para reformar una abadía de su obispado; y condescendiendo el pontifice, fueron tantos los estorbos que le salieron al encuentro en aquella reforma, que muy en breve se libró de la tal comision; pero no pudiendo el buen obispo resolverse á permitir á Norberto que saliese de su obispado, le propuso que dentro de él escogiese el sitio que mejor le pareciese para edificar un monasterio, donde podria criar muchos discipulos de su mano, y si lo juzgase conveniente, prescribirles reglas particulares que formasen un nuevo instituto. Pareció bien al santo la proposicion; y habiendo examinado varios parajes, hizo alto en un valle muy desierto y muy estéril, llamado Premonstrato, en el bosque de Conci, donde halló una capilla medio arruinada, que pertenecia á la abadía de San Vicente de Laón. Pasó en ella la noche, y viniendo el obispo á buscarle el dia siguiente, este es, Señor (le dijo el santo), el lugar que Dios nos tiene señalado, en el cual se han de santificar muchos con su divina gracia. Esta noche se me representó una multitud de hombres vestidos de blanco, con cruces, candeleros é incensarios en las manos, que iban en procesion cantando alabanzas á Dios por todo este contorno. Consiguióle el obispo la posesion de aquel sitio, y partiendo Norberto hasta el Bravante en busca de compañeros, juntó trece, con los que volvió á Premonstrato, dándoles á todos el hábito blanco, disponiéndoles unas constituciones llenas de espíritu divino, y fundando aquel nuevo instituto de canónigos reglares, tan fecundo en hombres ilustres y religiosos insignes, que despues de sesientos años conservan la disciplina regular en todo su vigor, y edifican á toda la Iglesia con sus grandes ejemplos.

Tuvo principio el orden premonstratense el año

de 1121; y en poco tiempo vió el santo fundador mas de ochocientos religiosos y ocho abadías célebres de su órden. La santa vida que en él se profesaba, las grandes penitencias que se hacian, la exactísima observancia que en todas partes reinaba, con el superior concepto que se merecia la elevada santidad de Norberto, autorizándola Dios cada dia con portentosos milagros, todo era motivo para que concurriese multitud de ilustres pretendientes, deseosos de abrazar el nuevo instituto, y para que las ciudades y los prelados conspirasen como á porfía á fundar muchos monasterios. Hizose célebre el de Floref, cerca de Namur, por haberse retirado á él el conde Godefrido tomando el hábito de lego; pero ninguno mas famoso ni mas glorioso para nuestro santo que el de San Miguel de Ambéres.

Aprovechándose de la ignorancia y de la disolucion que reinaba en esta ciudad un miserable hereje, llamado Tankelino, habia sembrado en ella sus errores con tan desgraciada felicidad, que contaba mas de tres mil sectarios. Desterró de ella el uso de los sacramentos, particularmente el de la sagrada Eucaristia, siendo fruto de su perversa doctrina el desprecio de todas las leyes, la abolicion del culto de la santísima Virgen y de los santos, con el público y general abandono a las mayores torpezas; y aunque no estaba ya en el mundo este infame hereje, por haber perdido violentamente la vida el año de 1115, despues de haber cometido mil abominaciones, no dejaba de tener muchos discipulos infatuados en sus detestables máximas, los cuales inficionaban todo el país. Pareció á todos los buenos que el remedio mas eficaz y mas pronto para atajar tanto mal, era llamar al santo abad de Premonstrato. Acudió prontamente, acompañado de algunos discipulos suyos, y predicó con tanta eficacia, con tanto acierto y con tanta mo-

cion, que en breve tiempo hizo volver al camino de la verdad y de la justicia á los que se habian desviado de él, y se vió mudado todo el semblante de la ciudad. Quedaron tan asombrados y tan movidos de esta maravilla los canónigos de San Miguel, que cedieron su misma iglesia á san Norberto para que fundase en ella un convento de su religion, y ellos se retiraron á la iglesia de Santa María, que es el dia de hoy la catedral.

Aun no estaba aprobado el nuevo instituto sino por los legados del papa Calixto II, y san Norberto pasó á Roma para que le confirmase Honorio II, que á la sazón ocupaba la silla de san Pedro. Recibióle el pontífice con la ternura y con la estimacion que se merecen los santos, y confirmó con grandes elogios su religion por una bula expedida en 16 de febrero de 1126.

Al volver de Roma tuvo precision de pasar por Alemania, y encontrando la corte imperial en Wurtzburg, ciudad de la Franconia, fué recibido con gran veneracion del emperador Lotario, que tuvo devocion de oír su misa el dia de Pascua, y al acabarla dió vista á una mujer ciega; milagro que hizo tanta impresion en tres caballeros jóvenes hermanos y muy ricos, que, arrojándose á sus piés, le pidieron los recibiese en su órden, donde se consagraron á Dios, y fundaron de su hacienda un monasterio cerca de Wurtzburg.

Luego que Norberto se restituyó á Premonstrato tuvo el consuelo de que voluntariamente se sujetase á su santa regla la abadía de San Martin de Laon, que pocos años antes no habia querido admitir la reforma, y lo mismo hizo la de Valsery. Comenzaba en su amada soledad á disfrutar la dulzura del sosiego y del reposo, cuando el conde de Champaña le rogo quisiese acompañarle en un viaje á Alemania; y lle-

gando á Espira, donde estaba el emperador, se encontró con los discipulos de Magdeburg, que venian á pedir obispo para aquella iglesia, y todos de unánime consentimiento pusieron los ojos en el abad de Premonstrato, eleccion que fué aplaudida de toda la corte; y sin dar oídos á su resistencia ni á sus razones, le pusieron guardas de vista, hasta que fué consagrado y conducido á Magdeburg, sin permitirle que volviese á su monasterio. Fué universal el gozo de todo el clero y de todo el pueblo, excediendo mucho á todas las esperanzas las bendiciones que derramó el cielo sobre sus ovejas por los méritos del santo pastor. En nada alteró su método de vida la nueva dignidad; y aunque se vió elevado á una de las mas respetables sillas episcopales de Alemania, siempre se conservó igualmente pobre, igualmente humilde, igualmente mortificado. Tenia muy debilitada la fe la licencia de las costumbres; pero nuestro santo, armado de la palabra de Dios, y mucho mas de los ejemplos de su virtud, combatió el vicio y el error con todas sus fuerzas, reformó el clero, corrigió los abusos, y consiguió que volviese á florecer la religion y la piedad en todo el obispado; no contribuyendo poco á estos felices sucesos su afabilidad, su caridad y su penitente vida. En breve tiempo comunicó á su rebaño aquella tierna devocion á la santísima Virgen, que él la habia profesado siempre casi desde la cuna; pero en ninguna cosa se hizo mas visible su zelo que en procurar se rindiese al Santísimo Sacramento del altar el culto y veneracion que se le debia. Fué tan notoria su devocion y su amor al augusto Sacramento, que despues de su muerte se le pintó con un viril en la mano, como en prueba de haber sido esta su devocion sobresaliente.

Siendo tan general la corrupcion de las costumbres, y siendo tan vivo y tan ardiente el zelo del

santo prelado, era preciso que le suscitase muchos enemigos. No pocas veces determinaron asesinarle, y otras tantas tuvo el consuelo de ver convertidos á los asesinos. No perdonaron medio alguno para aburrirle, para calumniarle y para perderle; pero rebatió estas violencias con las invencibles armas de su mansedumbre, de su caridad y de su paciencia. Trataba los enfermos frenéticos como verdadero médico; y si tal vez se veía precisado á usar de severidad en su correccion contra los hijos rebeldes, lo hacia con entrañas de amoroso padre, lleno de ternura con ellos; y desarmando de esta manera con la virtud y con el sufrimiento á sus enemigos, cesó la tempestad, de cuya calma se aprovechó para hacer sus visitas pastorales con fruto jamás oído y con general satisfaccion.

Pero ni los cuidados ni el gobierno de su iglesia le servian de estorbo para atender tambien á las necesidades de su órden. Dispuso que en su lugar fuese nombrado por abad general de la religion Hugo, el primero de sus discipulos. Habiendo asistido al concilio de Reims, en que Inocencio II fué reconocido por verdadero papa, y condenado el antipapa Anacleto, hizo un viaje á Roma, donde trabajó eficazmente para acabar de extinguir las centellas del cisma; y restituido á su iglesia, le postró en la cama una enfermedad que al cabo de cuatro meses le quitó la vida, muriendo con la muerte de los santos el dia 6 de junio de 1134, de edad de 53 años, al octavo de su obispado, y al décimocuarto de la fundacion de su religion. Mantúvose el santo cuerpo nueve dias sin enterrarse y sin la menor señal de corrupcion, manifestando el Señor por este tiempo la gloria de su siervo con grandes maravillas. Habiéndose apoderado los luteranos de la ciudad de Magdeburg, el emperador Ferdinando II hizo trasladar sus reliquias

en el año de 1627 á la ciudad de Praga en Bohemia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Norberto, obispo de Magdeburg, fundador de la órden Premonstratense.

En Cesarea en Palestina, la fiesta de san Felipe, uno de los siete primeros diaconos. Con la celebridad de sus prodigios y milagros, convirtió la Samaria á la fe de Jesucristo, bautizó al eunuco de Candacia, reina de los Etiopes, y murió al fin en Cesarea. A su lado fueron enterradas tres de sus hijas, virgenes profetisas; y la cuarta murió en Efeso, llena del Espiritu Santo.

En Roma, san Artemo con su esposa Cándida y su hija Paulina. Habiendo creído Artemo en Jesucristo por la predicacion y milagros de san Pedro el exorcista, y bautizado con toda su casa por san Marcelino, presbitero, fué azotado con plomadas, y al fin degollado por órden del juez Sereno. Su esposa é hija fueron arrojadas en una gruta, y cubiertas de piedras y tierra.

En Tarsó en Cilicia, veinte santos mártires, que en tiempo de Diocleciano y Maximiano y del juez Simplicio glorificaron á Dios en sus cuerpos diferentemente atormentados.

En Noyon en la Galias, los santos mártires Amanacio, Alejandro y compañeros.

En Fiésoli en Toscana, san Alejandro, obispo y mártir.

En Milan, el fallecimiento de san Eustorgio, obispo y confesor.

En Verona, san Juan, obispo.

En Besanzon de Francia, san Claudio, obispo.

En Grenoble, san Ceras, obispo.

En Guerna, diócesis de Sanmalo, san Gurval, obispo de Quidalet.

En Santonges, san Aguebrudo, obispo de Leon, conocido por sus escritos con el nombre de Agobardo.

Cerca de San Didier en Auverña, san Gilberto de Neufons, del orden Premonstratense.

En Constantinopla, san Hilarion el jóven, abad.

En dicha ciudad, san Fotas, muerto en paz.

En Irlanda en el Meath, santa Coca, virgen.

En Escocia en las islas Orcadas, san Colmo, obispo, hombre de maravillosa santidad.

En Cava en el reino de Nápoles, el venerable Falconi, abad de la Trinidad.

La misa es del comun de confesor pontífice, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Norbertum, confessorem tuum atque pontificem, verbi tui præconem eximium effecisti, et per eum Ecclesiam tuam nova prole fecundasti; præsta, quæsumus, ut ejusdem suffragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante, exercere valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste tan excelente predicador de tu divina palabra al bienaventurado Norberto, tu confesor y pontífice, y por su medio te dignaste aumentar tu santa Iglesia con una nueva familia; concédenos por sus merecimientos, que practiquemos lo que nos enseñó tanto con su ejemplo como con sus palabras. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en

in plebem suam. Benedictio-nem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum, et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Lo mismo es el libro de la Sabiduría que el de Eclesiástico, porque la Iglesia le da indiferentemente estos dos nombres. Da principio por una viva exhortacion á la sabiduría, seguida de muchas sentencias ó máximas morales de que se compone hasta el capítulo 44, en que el autor comienza el elogio de los patriarcas, de los profetas y de los hombres ilustres entre los Judios, continuándole hasta el último capítulo. »

REFLEXIONES.

Colmóle de felicidad y de gloria para que ejerciese con dignidad todas las funciones de su ministerio; cántanse las alabanzas del Señor; anúnciase al pueblo la gloria de su santo nombre, y ofrécese á Dios incienso digno de su grandeza y majestad. Este es un resumen de las funciones que corresponden al ministerio sagrado, y de las disposiciones con que se deben

ejercitar; pureza de costumbres, zelo de religion, dignidad en el culto, fervor en la oracion, puntualidad en las obligaciones y devocion en todo. No eleva Dios los ministros á la sublime dignidad del sacerdocio, sino para ser dignamente honrado por ellos. En cierta manera debe el sacerdote disputar á los ángeles la inocencia y el fervor en el servicio de Dios; siendo iguales en el oficio de cantar las alabanzas del Señor, ¡cuál debe ser su modestia, su respeto y su devocion! ¡cuánto su amor y su zelo!

Ni la religion tiene cosa mas santa, ni el mismo Dios puede hacer cosa mas grande y mas respetable que el sacrificio de la misa. Institucion enteramente divina, oblacion santa, víctima de precio infinito, sacrificio del adorable cuerpo y sangre de un hombre Dios; pontifice igual y consustancial á él; ¿puede imaginarse cosa mas divina ni mas digna de nuestro culto? pues todo esto se halla en este divino misterio. No solo es el sacrificio de la misa el acto mas perfecto de nuestra religion, sino el milagro de ella por excelencia; es como un compendio de toda ella. ¡Tal es el sacrificio que ofrecen los sacerdotes!

¡Pues cuál debe ser la fe, cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de los ministros del Altísimo! ¡de esos mediadores visibles entre Dios y los hombres! ¡de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad reverencian las potencias de la tierra, y cuyo sagrado carácter respetan hasta los mismos ángeles del cielo! ¿Podrán llegarse al altar sin sentirse preocupados de un santo y respetuoso temor? ¿podrán sostener en sus manos aquella hostia viva sin experimentar en sus corazones los efectos maravillosos de su adorable presencia? Sale Moisés de la conversacion que tuvo con Dios en el monte, esparciendo rayos de su inflamado semblante; ¿y podrá salir un sacerdote del altar sin sentir nuevo fervor,

sin devocion mas encendida, sin conocidas mejoras en la virtud? ¿podrá llegarse al altar con el corazón lleno de mundo? ¿y podrá retirarse de él con una fe amortiguada y con una casi moribunda caridad? ¿se evitan en el día de hoy aquellos justísimos cargos que hacia el Señor á los indignos sacerdotes, porque no se acercaban al altar? ¿y será legitima excusa para no ejercer el ministerio la falta de devocion? ¿Por ventura nos hizo Dios sacerdotes para que nos desviásemos del santo sacrificio? ¿será buena disculpa para no acercarnos al altar el que las costumbres nos confundan con el pueblo? Impónenos una gravísima obligacion el sagrado carácter; es gran delito no ser uno, aquello que debe ser: cuanto mas elevada es la dignidad, mas visibles se hacen los defectos; ninguna cosa puede dispensar á los ministros del altar en la eminente santidad á que les obliga su mismo carácter; raro defecto suyo dejará de ser escandaloso, y ninguno que no sea muy particularmente ofensivo de aquel Dios que los escogió por ministros suyos, y que por esta misma eleccion los distinguió del resto de los demás hombres.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otros dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos ganó otros dos; pe-

acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

MEDITACION.

NO HAY CONDENADO QUE NO ESTÉ PERSUADIDO A QUE SE CONDENÓ PORQUE QUISO CONDENARSE.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuál será la rabia y la desesperacion de un condenado por toda la eternidad, considerando que la condenacion fué obra de sus manos. Si se condenó fué puramente por culpa suya; si se condenó fué porque así lo quiso él; si se condenó fué porque

ro el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado: Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

no le dió la gana de corresponder á la gracia. Habia hecho Jesucristo todo el coste para su salvacion; no le excluyó este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió en el mundo, padeció y murió por él como por todos los predestinados; merecióle y le dió tambien todos los auxilios suficientes para hacerse santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de indecible dolor para los condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para salvarse; no por eso seria menos desdichada su suerte, ni su desgracia menos infinita; pero entonces toda su rabia y todo su furor se convertiria contra Dios, que solamente los habia criado para perderlos. ¡Pero cuánto será el furor, cuánta la rabia que tendrán contra sí mismos, conociendo que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez fué un salvador que dió su sangre por todas ellas; que aquel Criador fué un amorosísimo padre que no negó á sus hijos ni la mas minima parte de los bienes que les debia; que estos se los puso en las manos luego que á ellos los colocó en este mundo; que ni uno solo de ellos dejó de recibir algun caudal, con orden de negociar con él su eterna salvacion, la cual solo se concede á los adultos á titulo de salario y de recompensa! Condenáronse porque no quisieron oír la voz de aquel buen pastor; salieron del redil, y no quisieron volver al aprisco. No fué culpa del pastor si el lobo despedazó las ovejas.

¿Qué motivo tuvieron para abandonar la casa del mejor padre, y para no querer vivir sujetos á sus suavísimas leyes? ¿puede haber mayor extravagancia, que cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley, quiérese vivir con liber-